

LINA O LA ÉTICA DEL DESEO

Miquel Izuel Currià

RESUMEN

Estudio de un caso de una niña de seis años aquejada sintomáticamente tanto en sus funciones esfinterianas, como en una cierta fijación evolutiva, derivadas de la extirpación de un tumor y de la posición deseante de sus padres.

El dispositivo de trabajo, la metodología utilizada, parte de una posición ética en la escucha del sujeto. El cambio, desarrollado en un proceso terapéutico de corto alcance temporal, se realizó impulsado por las producciones de la pequeña paciente, a caballo entre la simbolización y la creación. Dichas producciones, insertas en el marco de la escucha de la transferencia, permitieron a Lina recuperar su desarrollo evolutivo y a su madre poder entrar y sostenerse en un proceso terapéutico diferenciado.

PALABRAS CLAVE

Escucha, ética, transferencia, sublimación, creación.

ABSTRACT

Case study about a six year old girl who presented symptoms related to her sphincter functions that adversely affected her developmental progress. These symptoms originated from the extraction of a tumour and parental expectations.

The tools used, the methodology of the work, are based on an ethical position of listening to the subject. The change which occurred, during a short term therapeutic process, was accelerated by the young patient's artistic production, bridging symbolization and creation. Inserted into a therapeutic frame of listening and working with the transference, her art production led Lina to recover her developmental stage. Furthermore Lina's therapy allowed her mother to begin and sustain a differentiated personal therapeutic process.

KEY WORDS

Listening, ethics, transference, sublimation, creation

Levanta los hombros, en un movimiento casi imperceptible. Sus ojos claros resbalan sobre mí sin detenerse hasta que los cierra y parece adormecerse. Apoya la cara sobre el brazo extendido que tiene en la mesa de trabajo. Su cuerpo se distiende lentamente y va adquiriendo una expresión laxa. Respira, sosegadamente, respira.

Pasan los minutos. Mi mirada, absorta en ese pequeño cuerpo, debe reflejar una mezcla de inquietud y afecto.

Su madre está esperando en el portal de la consulta a que termine la sesión.

Cuatro semanas antes habían venido a verme, derivadas por una doctora de familia con la que colaboramos habitualmente.

Las recibo y me presento. Le señalo un asiento a la madre mientras invito a Lina a acercarse a una mesa sobre la que están depositadas: hojas en blanco, rotuladores, lápices y lápices de colores, ceras, plastilina, tijeras, pega, revistas, diciéndole que si le apetece, puede usarlos para jugar.

Cercana a los 60 años, la madre de Lina habla ansiosamente. Son frases encadenadas, torrenciales, demandantes, educadas, implorantes.

“No es la primera vez que he sido engañada –dirá-, pero esta ha sido la más dolorosa, pues *yo deseo ser madre*”.

Lina atiende lo que dice su madre pero tiene la mirada puesta en la mesa. En un momento dado veo que ha cogido una barra de plastilina y, sin romperla, ha hecho con ella una bola. Toma una hoja, la pone en su centro y la aplasta con firmeza sobre ella. La despega, la hace rodar en sus manos, coge otra hoja, la pone en el centro y la vuelve a aplastar. Ese juego durará toda la primera entrevista. Solo, por breves momentos, detiene el movimiento para escuchar a la madre, sin mirarla.

Lina fue adoptada en un país centroeuropeo. Cito: “tuve que pagar mucho por una niña rubia, de ojos azules y que fuera una bebé, ¡por supuesto!”

Es difícil no ponerle un nombre al objeto de su petición.

Tenía 52 años cuando empezó el proceso de “adopción” y su petición, previo pago de unos onerosos honorarios, fue cumplida en menos de un año, con una bebota que aún no había alcanzado su primer año de vida.

Al poco de la llegada de Lina, decide separarse de su marido, con el que no había tenido hijos. Le invitará a que abandone el hogar conyugal.

Sin demasiados reparos ni protestas, este, hijo único, volverá a vivir con su madre, mujer viuda de 82 años con la que había convivido hasta que se casó a la edad de 40.

Deja el hogar conyugal, pero no la relación con su mujer, a la que ve regularmente y a la que sostiene económicamente.

Había poseído un negocio de flores y ornamentación, con varias tiendas, de las cuales aún conserva una parada que les da para vivir, junto a otras pequeñas rentas obtenidas en otras épocas de bonanza.

Al cabo de cinco meses, la niña muestra una cierta dificultad motora que antes no se había percibido.

Sometida a un examen más minucioso, se le apreciará un pequeño tumor en la columna del que, siendo operada, quedará afectada en los haces nerviosos conocidos como “cola de caballo”. Perderá el control esfinteriano -apenas adquirido-, tanto urinario como fecal.

En un primer momento, la madre se dedica en cuerpo y alma a restaurar a la niña de su enfermedad.

Empezará un periplo de visitas médicas para conseguir el total restablecimiento de su hija. Al cabo de pocos meses, viendo que la solución se dilata, aparecen sus primeras crisis de ansiedad que la paralizan. Directamente la dejan inmóvil, postrada.

El marido -del que no se ha divorciado- requerido, regresa a casa durante el día y le proporciona la ayuda que buenamente puede.

Pasaran así algunos meses hasta que empieza su cruzada para encontrar al médico que la ayudará a que su hija sea (sic) “el bebé perfecto que habría tenido que ser”.

Alternará esa búsqueda con crisis de ansiedad e inhibición, que la llevaran a su vez a ver a una serie de médicos para si misma. En esa serie se inserta la doctora que al final me la derivará.

Dirá, apenas transcurridos unos minutos de la primera entrevista, “realmente confío mucho en usted”.

Es obvio que se trata de una transferencia imaginaria, masiva. En ese momento, incómodo, me pregunto ¿cómo voy a acoger y mantener a esa mujer ansiosa y demandante para poder trabajar con la niña? Mal asunto, pues parece que internamente he tomado ya partido por esta última. Mal asunto pues creo que en mí acontece una cierta crítica, un cierto rechazo propuesto por la transferencia materna.

Le pregunto si Lina sigue bajo control médico y me dice que sí, que ahora ya consigue dominar el esfínter anal las más de las veces, pero no el urinario.

Entonces le comento que no sé exactamente como cree que puedo ayudarla. Responderá con un ambiguo: “no va bien en los estudios” y añade “yo no puedo ya con ella”.

Es a partir de esa demanda y de su atormentado deseo de ser madre que voy a acoger a Lina como paciente.

Sentada sobre la mesa de trabajo, parece dudar. Al final toma los objetos que hay depositados en ella: tijeras, pega, revista, ceras, lápices, etc. y los deposita en el suelo, al lado de la mesa.

Solo permanecen en la propia mesa la plastilina y las hojas de papel. Las hojas están dispuestas en el lado izquierdo, a su derecho, la plastilina. Esta vez coge una barra. Corta un trozo. Deposita una hoja de papel delante suyo y amasa la plastilina hasta convertirla en una bola que depositará frente a sí. Va haciendo regularmente esta operación que durará toda la sesión. De tanto en tanto mira las bolas y, si alguna no le parece demasiado redonda, la volverá a llevar a la hoja de papel en blanco y con la palma de la mano la amasará hasta que crea igualarla. De tanto en tanto se detiene y parece quedar absorta en la contemplación de las bolas que tiene delante. Otras veces cierra los ojos y parece adormecerse.

Así hará cerca de dos docenas de bolas / objeto. Hay unas ciertas diferencias de tamaño entre ellas que parecen no importarle. El color de la plastilina tampoco.

No ha hablado desde el saludo inicial de bienvenida. Tocan el timbre. Es su madre.

Le digo a Lina que espere un momento. Hago pasar a la madre al pasillo y regreso donde esta Lina. En ese momento me dice.

- ¿Tienes una cama?
- ¿Cómo sería?, respondo.
- No sé, un lugar donde puedan dormir.

Voy a buscar un antiguo archivador y se lo entrego. Parece alegrarse. Lo deposita apaisado y va colocando las bolas en su interior. Luego me pide si las puedo guardar. Me lo entrega con sumo cuidado.

Contenta va hacia la madre. Esta me dice ¿qué, cómo ha ido? Le respondo con un bien neutro y añado que seguramente Lina le contará. Me pedirá entrar en el baño para cambiarle el pañal.

Lina sonríe. Toma plastilina, hace con su meticulosidad habitual una bola. La deposita en el centro de una hoja de papel en blanco. Levanta los extremos de la hoja de papel intentando que la plastilina permanezca en su centro. Toma los bordes con una mano y con la otra arruga el papel haciendo a su vez una bola.

La deja en la mesa, se queda mirándola un rato, la abre y comprueba el estado de la bola de plastilina. La saca poniéndola en la palma de la mano y la alisa otra vez hasta que está redonda, depositándola posteriormente en el papel arrugado. Luego hará otra vez una bola con el papel y la dejará a un lado.

Esta operación se repetirá varias veces a lo largo de la sesión hasta que tenga toda la mesa llena excepto una pequeña zona que es donde trabaja. Avanza un brazo en la zona despejada. En ese momento dejará resbalar su mirada sobre mí y luego se adormecerá.

Despierta de su ensueño, sonríe y pronuncia un enigmático: “ahora sí que está”.

Se levanta y se dispone a salir. Recoge su chaqueta, va hacia el pasillo. Pregunta:

- ¿vas a cambiarme el pañal?
- No me interesan demasiado los bebés, pero si las niñas que hacen las cacas y los pipis con sus dibujos.

Parece sonreír y me pide salir. La acompaño a la puerta del despacho. Se la abro. En el descansillo de la escalera espera la madre. Me pregunta, ¿cómo ha ido, se ha portado bien? Ha hecho su trabajo, contesto.

Luego me pide poder entrar e ir al baño para cambiarle el pañal.

Lina mira y sonrío abiertamente. Sin hablar toma una hoja de papel y dibuja una suerte de círculos en el cuadrante derecho inferior.

Uno. Dos. Tres. Luego elige plastilina de color anaranjado. Corta un pequeño pedazo de ella. Amasa en la palma de su mano una pequeña bola, haciéndola rodar en ella, ceremoniosamente. La pondrá dentro del primer círculo y la extenderá aplanándola y haciéndola rebasar de su perímetro. Hará lo mismo con el segundo y luego dirá “¿no tienes más de esta?” y señala la que está extendida sobre los círculos.

Me extraña pues del trozo de la que la cogió hay todavía mucha.

- ¿De cuál quieres decir?
- “De la que sirve para hacer pipi”
- ¿Qué forma tiene el pipi?

Sin hablar dibuja círculos con el lápiz y luego dice: “Bueno, puede que haya terminado”. Es una frase extraña, de una cierta madurez.

En ese momento el “haya” lo escucho como “*hacer terminado*”. Seguramente se trata de algo mío, pero sin duda tiene que ver también con su pequeña creación.

A la sesión siguiente casi de entrada me contará que su papá la ayuda a hacer los deberes. “Nos sentamos en el sofá y me acaricia. A veces me quedo dormida. Luego hacemos los deberes y me cambia el pañal”.

En esa sesión ocurre algo extraño. Parece haber perdido interés por lo que ha hecho anteriormente. Deambula por la sala sin reparar en la mesa ni en las producciones anteriores.

Circula como buscando algo. Acaricia una de las plantas del despacho, y empieza a pasar la mano por las paredes siguiendo su perímetro allá donde los muebles no se lo impiden. Llegada a un punto su mano se detiene en un árbol de la vida. Es un típico árbol mejicano que representa el paraíso, con pájaros, flores, la serpiente con la manzana prendida de su boca... Se fija en el hombre y la mujer desnudos que contiene. Los va mirando alternativamente. Se queda como absorta y me dice que quiere ir al baño.

Estará en él largo rato. Cuando sale me dice, sin levantar la vista, que se quiere marchar. Siento como una oleada de ternura y la necesidad de pasar la mano por su cabello.

No acostumbro a hacerlo. Esta vez será así.

No volveré a ver más a Lina.

Sin embargo atenderé a su madre en tres sesiones más. En la primera me dirá que Lina se ha negado a volver pero que le ha dado un dibujo para que me lo entregue. En él aparecen rudimentarios pájaros y manzanas que guardan una cierta semejanza a los que contiene el árbol.

Refiere que Lina ahora no quiere llevar pañal en casa y que cuando va al baño se cierra con el pestillo.

Eso angustia sobremanera a la madre pues cree que es por su culpa que Lina no quiere llevarlo y luego agregará “¿qué voy a hacer si ya no me necesita?”

Le devuelvo que es precisamente porque no la necesita como una bebé que ella va a poder ser madre de una niña. Que tal vez solo tiene que querer escuchar a esa niña y que con ello encontrará la guía para ser la madre que quería y estaba, a pesar de sus temores -y su culpa, aunque eso no se lo digo-, legitimada a ser.

Le recomiendo que realice una terapia con un colega. Cosa que hará.

Transcurridos unos dos años y medio la madre sigue en terapia y Lina ya no lleva pañal.

¿Cómo entender lo que ha acontecido con Lina? Tal vez puede pensarse como un proceso en el que se fueron alternando algo del orden de la sublimación, de una cierta repetición junto a pequeños hitos creativos.

Podemos decir que en la etiología de las dificultades de Lina -sin descuidar el deseo que llevó a esos padres a buscar su adopción-, aparecería la intervención quirúrgica y los subsiguientes cuidados que requirió. Ello habría provocado en ella una fuerte erotización con la consiguiente detención de ciertos aspectos evolutivos.

Del lado de Lina la disyuntiva se planteaba entonces entre *ser* sujeto deseante o existir para cumplimentar el deseo de su madre. Entre una alienación sostenida que conculcaría ese *ser*, o devenir sujeto de su deseo, si era capaz de desarrollar una vía más sublimada y creadora.

Del lado de la madre estaría el hacerse cargo de su deseo de serlo o sucumbir al temor a la realización del mismo y revestirlo de sentimiento de culpa y de angustia.

La sublimación, entraña la realización de conexiones con materiales diversos, va realizando el fino entramado de la subjetividad. Entramado donde el deseo podrá circular luego sin excesivas trabas.

Pero para ello, la sublimación, que es fundamentalmente elaborativa, necesita del concurso, en el proceso terapéutico, de la creación. La creación produce una rotura de conexiones entre significaciones que permanecen demasiado cosificadas, rígidas y muchas veces heredadas directamente, sin una verdadera integración, de un vínculo alienante. Más que entramados la creación produce vacíos. Hace que los significantes preserven su capacidad simbólica.

Hay personas que dicen que, para tomarle el pulso a la vida, se ha de aprender a no hacer nada. En nuestro caso, el trabajo que nos tomamos, está justamente orientado a **aprender a hacer nada**, o casi nada. El arte consistiría en como hacer para ayudar a crear ese vacío necesario que hace que algo nuevo pueda surgir. No se puede hablar con la boca llena. Debe vaciarse antes para que pueda cumplir su función humanizante por medio de la palabra.

Por eso nuestro trabajo es a veces un acompañar, interviniendo a mínima, para que como la boca huérfana de comida, ciertas representaciones pierdan su valor de uso y otras nuevas puedan aparecer. Sabemos entonces que podemos regirnos por una forma de intervención ajustada que, con la mínima expresión manifiesta, produce el máximo efecto.

Hablo de vacío, pero también lo hago también de ética. Permítanme entonces que me haga aquí una pregunta que llevo muchos años planteándome. ¿Qué entiendo como ética, cuando pienso que la persona puede devenir sujeto de su propia existencia y tal vez tenga la responsabilidad de ello?

A veces me respondo: la ética apunta a poder llegar a sostenerse en una posición deseante, aquella que conlleva el desarrollo de un entramado subjetivo. Por decirlo con una metáfora, la subjetividad a la que se tiende y atiende, aquella a la que debemos facilitar su desarrollo, será la playa a la que llegarán, como las olas del mar

-algunas veces embravecidas, otras más serenas-, representaciones del deseo inconsciente que nos arrumban los restos de nuestra posición deseante y que nutren nuestra existencia.

Nunca sabemos demasiado acerca de él, pero esos restos en la arena de nuestra subjetividad nos muestran la clase de deseos que nos habitan, las secuelas de su acción.

Cerrar o abrir la boca. Cerrar los esfínteres, regularlos, hace a la posibilidad de un vacío que necesariamente tiene que producir representaciones nuevas para expresar los deseos, los temores, el conflicto que nos humaniza. Así, bajo esa regulación simbólica y en forma metonímica, van apareciendo las representaciones del amor, el odio... pero no necesariamente en forma de un texto que la conciencia pueda leer.

Las más de las veces el trabajo consciente que se realiza en la sesión, solo ha de generar la estructura para que esa elaboración, a salvo de la represión, pueda seguir su curso. Hay ciertas semillas que solo crecen en el silencio y en la penumbra.

Poner una incógnita que arroje la intensidad de su luz negra al trabajo clínico que desarrollamos cada caso con nuestros pacientes. Eso es lo que les digo a algunos profesionales que supervisan su trabajo conmigo. Incógnita necesaria para que ilumine un campo que no se deja atrapar del todo en su significación, que la vela y, de alguna manera la revela. Preguntas que mantienen el intercambio humano en su posición simbólica. Que sostienen la capacidad poética de producir la surgencia de los manantiales vivificantes que brotan en sitios inverosímiles.

“Mi mamá siempre me mira. Si estoy sucia. Y me limpia. Mi mamá me dice que no puede separarse de mi porque me tiene que limpiar”. Dirá Lina en una ocasión.

No se puede llenar la relación de pipi o de caca sin que la vida se transforme en una mierda.

No se puede erotizar la vida de una niña con los cuidados maternos sostenidos –y delegadamente paternos-, que manipulan sus esfínteres, casi como si de una muñeca se tratara, sin que ello produzca un detenimiento en algunas áreas de su desarrollo.

No se puede hacer del otro un objeto del deseo infantil actualizado de la madre sin que el desarrollo deseante en Lina quede atrapado, en espera hasta obtener el permiso para su partida.

La boca puede hablar porque no está llena de comida.

Trabajamos en el terreno de la sublimación. En el de la creación. Sublimar quiere decir satisfacer la pulsión, no reemplazarla por otra. Necesita de una elaboración, no de un desplazamiento sintomático. No se puede ir de la comida a las heces y de las heces a la genitalidad sin que ese periplo haya conllevado una construcción subjetiva, una aceptación de que algo de lo vivido ya no permanece vigente.

No se trata solo de realizar producciones sin más, sino que estas deben insertarse en un marco transferencial que actualice los complejos infantiles para darles otra resolución.

En este punto, me van a perdonar una pequeña digresión. He oído hablar en el Congreso de transferencia desde muchos lugares. También de vínculo. Permítanme entonces hablar de lo que orienta mi práctica profesional en relación a estos conceptos.

Se puede entender la transferencia como aquello que se actualiza de lo ya vivido en el paciente en la relación arteterapéutica. Se puede entender la contratransferencia como la actualización de lo ya vivido en la biografía del arteterapeuta en la relación arteterapéutica. Se puede. También se puede entender que esa conceptualización parte de un intento de diferenciar para comprender el fenómeno de la transferencia y sus efectos.

Concibo sin embargo el movimiento de la transferencia como una creación compartida. Una actualización asimétrica y coincidente en el tiempo de la sesión de antiguas formas vinculares que se reeditan en la comunicación entre paciente y terapeuta. A cada cual, sin embargo, las suyas.

Es difícil pensar que un paciente puede quedarse en el tratamiento si no siente que en el va a poder hacer transferencia hacia el terapeuta, lo cual quiere decir, en un primer momento, repetir ciertos lances significativos de su vida anterior.

Es difícil pensar que el terapeuta va a poder disponerse al arduo trabajo del tratamiento si no actúan en él ciertas capacidades derivadas de su capacidad de vincularse. Se trata sin duda del vínculo soportado por el amor pero en el que cabrán las vicisitudes del odio.

Parece comprometido hablar de estas cuestiones. Sin duda lo es. Sin embargo, para un terapeuta sentir la transferencia no es actuarla. Antes bien quiere decir que, gracias a su propia terapia personal, que deberá haber llevado lo más lejos posible con anterioridad, puede “leerla”. Con una cierta claridad, con una cierta perspectiva, de modo que le ayude a saber de que se trata lo que está pasando en el proceso terapéutico.

La clave del éxito terapéutico consiste precisamente en poder trabajar con la transferencia que es, en un primer momento repetición. Todo ello para poder pasar a construir, a crear un nuevo vínculo donde sus tempranos enlaces hayan encontrado, a través de la reviviscencia que otorga la transferencia, otra resolución distinta de los procesos de dificultad que se han vivido. Pasar de la repetición –gracias a ella y a través de ella- a otra vivencia que ofrece una resignificación del pasado, con otras oportunidades deseantes para construir el futuro.

Cierro la trasgresión. Decía: no se trata entonces solo de realizar producciones sin más, sino que estas deben insertarse en un marco transferencial que actualice los complejos infantiles para darles otra resolución.

El concepto de inconsciente, del que emana el concepto de transferencia, señala a un conjunto de representaciones abierto indefinidamente, en el que la atemporalidad y la ausencia de contradicción sirven de unión a ese conjunto, formando una red de asociación espontánea de representaciones en la que la intervención del arteterapeuta tendrá que esperar –o ayudar a crear- una apertura en ese conjunto, en el que luego podrá intervenir. Dicha intervención, si se articula en los desfiladeros de su deseo, será posteriormente integrada como propia en el conjunto por el paciente.

El paciente como *ser* potencialmente en espera, se expresa también a partir de sus dificultades y se desarrolla como tal cuando su demanda, su mudo grito, halla en ese proceso de alienación necesaria del encuentro humano, la transformación de su secuencia: llamada / otro que se siente implicado por ella / y que transforma la llamada en una demanda por la que se siente concernido.

Nosotros trabajamos a la búsqueda de ese lenguaje universal que el arte ejemplifica. La creación compartida de una lengua que nos permite ponernos en contacto con esa llamada que, humanizada con nuestra comprensión, permanece hasta cierto punto irreductible a su sentido. El uso del arte en la terapia tiene valor de lenguaje universal porque precisamente no se deja atrapar, cerrar con una significación unívoca, de ahí su naturaleza simbólica. Y de ahí que permita la creación compartida que es todo acto terapéutico.

Ese lenguaje universal se desarrolla en el proceso creativo. Proceso que en Lina tiene, según entiendo, la posibilidad de vaciado de ciertas palabras, de ciertos lugares comunes y recurrentes que atenazan su historia.

Las palabras para Lina, en ese primer momento de su existir en la terapia, no serían mucho más que heces en su boca, pues no habrían adquirido todavía la posibilidad de preñarse de un nuevo sentido.

Una boca llena de heces que, muy inteligentemente se ocupó de vaciar. Palabras / heces que solo encontraban su formulación porque respondían como mero objeto al deseo de la madre.

La sublimación puede sostenerse en la medida en que en su juego, Lina mantiene elementos suficientemente simbólicos. Digo esto, suficientemente, porque las producciones no son simbólicas únicamente. Tienen trazas de un universo personal imaginario –que no es lo mismo que la imaginación, sino todo lo contrario- y necesario.

Todas las producciones tienen una serie de elementos cosificados y otros metonímicos. Además estos últimos, en sí mismos, sostienen a veces ese valor simbólico y otras, decaen de ese lugar.

Pero ¿qué y cómo opera lo simbólico para Lina?

Frota un elemento mórbido –la plastilina- entre sus manos o entre su mano y la hoja de papel. No sé si el papel es el pañal y la plastilina son las heces. O la plastilina representa la carne erogenizada y la hoja un límite diferenciador/contenedor...

No lo sé ni me importa. Realmente, pues seguramente aunque esas relaciones fueran hasta cierto punto verdaderas, también habrían otras que no quedarían reflejadas ni concernidas en ellas.

No es que me parezca demasiado peligrosa la interpretación, pues si no forma parte de sus complejos infantiles, cae sin dejar rastro, como agua que el río lleva.

No es demasiado peligrosa, pero a demasiadas cosas y tal vez sin demasiado rigor, se les llama interpretación. En realidad, como mínimo para mí, el estatus de la interpretación es el de una creación espontánea que puede acontecer tanto en el arteterapeuta como en el paciente. Creación por otro lado que no puede entenderse sin un trabajo elaborativo previo.

No existen entonces tantas interpretaciones posibles a lo largo de un tratamiento. Las más de las veces son proyecciones defensivas. Otra cosa es el estatus de la construcción. La construcción no da las cosas por conocidas, “¿qué forma tiene ese pipi?” le digo. Un elemento que Lina puede utilizar para relanzar, securizada, su búsqueda -tentativa de su posición deseante-, pues no le señalo un lugar preciso que tendrá que ocupar, una representación cerrada de mi propio imaginario.

Hacer *nada* entonces quiere decir proponer gestos, soportes, materiales, palabra, para que permitan relanzar la posición deseante, desatracándose de ecuaciones demasiado cerradas. El sujeto deseante es aquel que se empeña, una y otra vez a mostrar que lo convencional no sirve para acallararlo. Que está a la espera de encontrar el soporte para seguir labrando su camino.

Esa es la ética para la persona, devenir autor de su propia existencia. Pero en el / la Arteterapia –y en el psicoanálisis- es la escucha de la posición deseante y de sus producciones la que lleva al ajuste necesario en la acción para que ese devenir se pueda realizar.

Casi todas las producciones, casi todas las conceptualizaciones, tarde o temprano forman parte de la serie de objetos que, una vez integrados, pierden su savia. Por ello es tan importante lo que denominamos como proceso creativo.

Por ello necesitamos propiciar las condiciones suficientes para apoyar la creación. Como una forma de hacer un vacío en un mundo de significaciones cuajado.

La creación es la puesta en acto del autor. La escena dinámica del sujeto deseante, de cómo este opera para que producciones, elementos, objetos, se transformen en simbólicos.

Lina pasa la mano como buscando una salida y al final se topa con el árbol de la vida, el edén, las flores, la serpiente, el hombre y la mujer.

Este objeto artesanal aparece como significativo *por* el proceso que antes había realizado en la terapia.

Está preparada para aceptar una represión de su erotismo subsidiario que la va a iniciar en otro viaje, de bebé a niña. Podríamos decir azar, pero sin duda él solo destapa algo que ya estaba presto para acontecer en ella. Pues, como he dicho, hay ciertas semillas que solo crecen al amparo del silencio y la penumbra.

Cuidamos la luz y la penumbra. Conocemos que el autor solo espera las condiciones adecuadas para presentarse.

Lina esperaba una madre –un padre seguramente también- y su madre esperaba -descreída-, para hacerse cargo de su deseo.

Lina se pudo despedir bajo el signo de dos acciones. Con un dibujo y enviando a su madre a psicoterapia porque había interiorizado, o sea creado, el trazo de un nuevo vínculo, que precisamente, por ser nuevo, ya solo le pertenecía a ella. Era nuevo pero también, en cierto sentido, conocido, pues posiblemente estaba trenzado a aquello que, aún sin haberse desarrollado, estaba en espera en su madre.

Recuerdo ahora su frase *“bueno, puede que haya terminado”*.

Girona a 28 de marzo de 2010